

La Reina

Tienda de Novedades

— J. PERERA & Co —



Como su nombre lo indica es la REINA de las tiendas, no sólo en su surtido sin igual,—sino en sus precios,—que no admiten competencia.

«Centro de Obreros» de Cartago

El sábado 25 del presente inauguró sus sesiones ordinarias el Centro de Obreros de Cartago. El joven don Mario Sancho dictó una conferencia cuyo tema fué "Solidaridad Obrera."

Deseamos acierto y prosperidad en las labores que ha inaugurado este importante centro de luchadores cartagineses.

Sociedad Tipográfica de Socorros Mutuos

—LICITACIÓN—

Convócase licitadores para la construcción de un mausoleo que comprenderá 6 nichos ó departamentos, de la superficie del suelo para arriba y de conformidad con las leyes á este respecto de la Junta de Caridad.—Dicha construcción deberá ejecutarse con los mejores materiales y estará en un todo de acuerdo con lo que la Comisión exija.—Las propuestas deben dirigirse en pliego cerrado así: — "Comisión Mausoleo.—Apartado N° 767.—San José," hasta las 12 m. del lunes 17 de febrero, y la Comisión se reserva el derecho de aceptar la que más convenga á los intereses de la Sociedad.—Para referencias y demás datos dirigirse á los suscritos, quienes mostrarán el diseño en el Cementerio General.—San José, 30 de enero de 1913.—Victor Castro, Juan Diego Tejada, Clementino Chaves, Gerardo Vega C.

SASTRERÍA CASTAING

—ALAJUELA.—COSTA RICA—

Gran Cafetería CHASSE

Situada 200 varas al Sur del Parque Morazan

Cuesta de Moras

Café, té, chocolate, sandwiches, á toda hora. Actividad en el servicio. Esmerado aseo y artículos siempre frescos.—Hermoso salón de billar.



Se vende

una casa, que está situada en uno de los lugares más pintorescos de esta ciudad. Está recientemente construida y es contra temblores. Para más informes dirigirse al Apartado N° 767.

Todo poder emana del pueblo.

SELECCIONANDO

LABIOS VIEJOS Y BESOS JOVENES

DE CATULLE MENDES

Viejo triste, cubierto de sórdidos harapos, estaba un pobre hombre mendigo sentado á la orilla de un gran camino.

Alguien pasó; era uno muy rico, seguido de criados adornados de brocados.

¡Una caridad si os place! En un tiempo tenia cofres llenos de monedas y pedrerías. Hoy no tengo un cuarto en mi alforja, dadme una limosna.

El rico pasajero, enternecido, dió una moneda á aquel hombre.

Gracias, rico señor... Con esta moneda de oro pensaré en la opulencia de otros tiempos y me volveréis la ilusión de riquezas desaparecidas.

Un soldado de vistoso uniforme pasó por la ruta, seguido de una escolta que tocaba en heróicas trompetas; llevaba en su mano derecha ramos de laurel que se estremecían gloriosamente en el aire.

¡Una caridad si os place! En un tiempo fuí un activo vencedor rodeado de triunfo y aclamaciones, y la magia de los triunfos cubría mi frente con sus banderas.

El glorioso pasajero, enternecido, dió una hoja de laurel á aquel pobre hombre.

Gracias, ilustre señor: Con esta hoja de laurel soñaré en las victorias de otros días y me devolveréis la ilusión de las batallas olvidadas.

Una enamorada pasó, de dieciséis años, muy linda, con su enamorado. El mendigo balbuceó, moviendo la cabeza:

En un tiempo yo era amado por mujeres jóvenes y hermosas, blondas como vos, cuyos labios eran frescos, no conozco el perfume del beso, que se posa como insecto convertido en flor. El mendigo no pidió limosna.

Con permiso de mi novio, dijo ella al mendigo, daré á vuestra boca triste la limosna de un beso.

No, no Nada quiero de tus labios, bella pasajera. Una moneda de oro y una hoja de laurel pueden hacer que renazca la ilusión de las opulencias y de las victorias. Pero un beso joven sobre labios viejos no devuelve el amor. Los corazones extinguidos son muertos que no resucitan. Partid, partid pronto, niños enamorados. Que no oiga ni vuestras voces, ni vuestras risas, porque lo más cruel para un difunto adormecido bajo el césped marchito es el arrullo de las palomas que se besan sobre el ciprés de su sepultura.

DE LA CALLE

CALCOMANIA

FUE una tarde, en una ciudad vetusta y legendaria que duerme á la sombra de sus torres—en eterna mirada hacia el cielo—su sueño de siglos y siglos.

Había salido á distraer mi murria á lo largo de las calles—donde el eco de las voces se hace más grave y como que repercute doliente—y me detuve frente al pórtico de un convento, donde el tiempo había escrito con musgo su inflexible sentencia.

Dentro había fiesta, y los ecos de las voces y de los cantos, saltaban tímidas las frías rejas del portoncillo para salir á desperzarse fuera, y á bañarse en la luz del sol, que nunca penetraba al interior del convento donde todo vivía en la anémica paz de un cementerio.

Fuíme entrando por una callejuela bordeada de cipreses que llevaba hasta un salón, y á su puerta me detuve.

Era el último día de clases, y unos cien niños de ambos sexos, atentos, quietecitos, con su vestido nuevo ó aplanchado apenas, aguardaban la repartición de los premios.

Me puse á ver los niños. Me interesan tanto siempre! Clavados en sus asientos, sin más movimiento que el de su pecho al respirar, con los brazos cruzados, me parecieron tan tristes, que pensé, dolorosamente, en la crueldad de los padres que mandan á sus hijos á extenuarse, á marchitarse—como flores sin sol—á esos conventos que nunca podrán hacer nada por rescatar á la niñez de la servidumbre, ya que ellos necesitan de esa servidumbre en la conciencia infantil para reinar, ya que matan en el niño lo más preciado, la fuerza impulsora que lleva á los hombres cumbre arriba: el carácter; ya que sobre la base dañada de un apocamiento, no podrá levantarse nunca el edificio de ningún hermoso pensamiento, el alcázar de ningún ideal.

Después comenzaron á repartir los premios. Una hermana alta, blanca, delgada, metida en su traje negro, iba llamando por lista á los alumnos, y poniendo en sus manos, ya un libro, ya un juguete, ya un vestido. Las caritas todas se fueron iluminando con un fulgor de alegría, y el contento dibujó en todas las bocas una sonri-

sa. En aquel momento pareció que hasta las hermanas sonreían, y que las flores, abriendo sus corolas, perfumaban el ambiente. Fue un instante de ingénua alegría en aquel recinto grave y melancólico donde sólo se oyó el dejo doliente de las oraciones, y sólo se vió el ceño contraído del *dómine* que amenaza con las torturas de otra vida á quien ni siquiera conoce los misterios de ésta.

Fueron saliendo todos los niños, bulliciosos, comparando sus premios, marcando en sus pupilas su contento—como una caravana de ilusiones.

Sólo una, pequeñita, de grandes ojos, apagados de tristeza, se había quedado en lo oscuro de un ángulo del salón, y lloraba. Me acerqué.

Por qué lloras, chiquitina? la pregunté; y oprimía contra su pecho un libro de grabados. No contestaba. Por qué lloras? insistí.

Hoy es el último día de clases, me dijo. Todos se van. Para el verano todos irán á correr por los campos, con sus papelotes, ó tras de las mariposas. Ahora irán á mostrar los premios á sus papás, se sentirán alegres; mientras yo me quedo aquí, sola, huérfana, en el convento....

Pobre niña huérfana! me decía, mientras abandonaba aquella mansión de tristeza, por la callejuela de cipreses. Qué son para ella las vacaciones? No podrá escuchar los cantos de las aves que llegan, en verano, á hacer sus nidos en los aleros del hogar. Para qué puede ambicionar ella su premio? Cómo la habría acariciado su madre, si no hubiera muerto—la pobre!—una fría noche de diciembre en que se le recrudeció la tisis. Pobre niña huérfana, sacrificada su niñez á la húmeda sombra del convento,—como flor de invernadero,—agotará su vida bajo la vigilancia de las hermanas, y se quedará muerta una tarde de tantas, á la sombra de los cipreses..

Se oyó entonces el toque del angelus, más quejumbroso que nunca, me hizo recordar las tardes de la aldea, lejanas, medio desteñidas en la penumbra del recuerdo, y me alejé pensando

"en la tristeza de las almas solas."

Enero—1913. J. Albertazzi Avendaño

Películas del salvadoreño Ivanoff

EL GALLO

III

Como ejemplos de adagios en que figura la palabra gallo van los siguientes: "aza do escarba el gallo," "al capón que se hace gallo azo tall," "cada gallo canta en su muladar, y e bu el suyo y el ajeno," "al gallo que can-

to le aprietan la garganta," "el gallo y el gavlán no se afanan por la presa," "metí gallo en mi gallinero, hizose mi hijo y mi heredero," "el rey es mi gallo," "daca el gallo, toma el gallo, se quedan las plumas en la mano".

GRAN BARATILLO

LA SEVILLANA.

TIENDA DE RICARDO INCERA

Situada 50 varas al Norte de la Botica Oriental Acudid! Renovación constante de artículos. Acudid!

Agente en Heredia

Ha aceptado la Agencia de este periódico en Heredia el señor don Carlos Lizano U., con quien podrán entenderse nuestros favorecedores de esa localidad, siendo nulo todo trato que se haga con cualquiera otra persona.

Impresiones

La Asesina

Una mujer acaba de ser condenada á muerte en Inglaterra, y, por primera vez la opinión pública de Europa entera parece dispuesta á intervenir, para hacer comprender á los jurados londinenses que la buena justicia no consiste siempre en condenar á los culpables. "Es monstruoso—escribe la piadosa Severine—ese veredicto, que ninguna mujer en el mundo podrá leer sin lágrimas en los ojos". "Es horrible esa sentencia"—dice el sabio Henry Robert. "Es una lástima"—exclama el elocuente Decorí. "Es escandaloso,"—grita el libertario Almercyda.

Y, efectivamente, es escandalosa y lastimosa y monstruosa esta severidad británica. Porque si hay un ser en el mundo que no merece castigo ninguno, es la condenada de ayer. Su crimen, lejos de provocar indignación, debiera inspirarnos una piedad infinita. Pero, ¡qué digo, su crimen! No hay crimen ninguno en su acto; no hay más que dolor, desesperanza, violencia, miseria, tristeza. "Muerta de hambre—dicen los periódicos—decidi matarse y matar á su hija; pero, socorrida á tiempo, fué salvada en tanto que su hija moría". ¿Es este criminal? Claro que no dirijo pregunta á los duros observadores de la moral ferisíaca, sino á los saben comprender los grandes lores humanos. Y éstos, seg toy de ello, me contestarán

—No, no, no. No es verdad, Dicen verdad, Nakens? ¿No es Cavia? ¿No es verdad, Maes?

En la literatura griega hay obra, "La Matadora", que no un caso como el de sino otro mucho más heroína, la "matadora", ciana campesina, que ve ño de su nietecita rec Por la ventana de su cal las sombras de la noche de fantasmas. A lo lej quejido interminabl negro mar d Y la anciana Decoracio ya es madre matrim porvenir, co espanto su banq piensa—es, varas al Su do no tiene —TELÉFO tiene pan.